

Julia, te quiero



Aimée Rivera González
Lingüística y literatura hispánica

Julia era la chica de mirada expectante; vivaracha, siempre alegre con el mundo, chispeante de euforia y cadencia esporádica en el suave vaivén de sus movimientos, pero aquella última noche que la palpó con sus cuatro sentidos restantes, adivinó perdida la esencia de Julia.

Lo iban a matar porque había participado en la revuelta contra los militares; desde antes de la fiesta su sentencia estaba dictada, sólo debían aguardar la hora indicada y el resto acontecería por sí solo, como un simple protocolo rutinario. A pesar de su desdichado futuro, el condenado había probado suerte al escabullirse de la guardia que custodiaba su celda; su tacto fino acostumbrado a acariciar paredes en ausencia de la vista para poder guiarse entre las escabrosas calles, sus pies ligeros que lo impulsaban a correr cuando presentía el peligro y su entrenado oído fueron los que lo encaminaron a Julia luego de escucharla reír como el tintineo de un cascabel, y eran los mismos que lo ayudaban a eludir los peligros de introducirse a una fiesta donde no era bienvenido con el fin de encontrar a su preciada niña de ojos inquietos.

Embrutecida por el bullicio ensordecedor de las conversaciones ajenas, las risas escandalosas y la música que le taponaba un oído sí y el otro no, Julia salió tambaleándose del séquito de niños popis con gustos ridículamente afines. Un aroma terroso, casi inmundo, la atrajo fuera de la carpa que albergaba la fiesta; era sumamente raro que con tanto prestigio y ostentación alguien permitiera el hedor, aquel que vagaba ligeramente en el aire. Divisó unos pelos tiesos unos metros más allá de ella, creyó alucinar, pero no había bebido, ¿cómo era posible que él estuviera ahí si lo habían encarcelado hace unos días? Entonces Julia emprendió la marcha hacia el susodicho y acompasó sus movimientos con los de los invitados para no levantar sospechas y perderlo de vista.

Con su intuitivo olfato iba acechando a la mujer de su búsqueda, sus oídos estaban

susceptibles a cualquier sonido parecido a su melodiosa voz; avanzaba poco pues no quería alterar a nadie con la brusquedad de su caminar y menos con su deplorable nauseabundo aspecto. Alguien lo tomó del brazo, quedito le acarició la muñeca y le susurró al oído: «¿A quién buscas?» «¿A quién más? A ti».

Juntaron la frente y hallaron la paz al entrelazar sus manos. Julia lo arrastró fuera del círculo que propiciaba a crearse, por un momento el olor que desprendía la dejó asqueada, pero la incommensurable pasión que por él profesaba la indujo a continuar caminando hasta un silloncito desolado que nadie ocupaba por el momento. «No hueles a ti, ¿cambiaste de perfume?» preguntó casi con reproche, Julia respondió que sí, con la cabeza recargada en su hombre. «¿Lo hiciste a propósito?» y ella le dio a entender que no.

«No sabía que ibas a venir. De haberlo sabido, me habría puesto el mismo». Percibía a una Julia diferente, más apagada, melancólica, aunque igual de cariñosa que las otras veces. Se la habían cambiado por una que olía a dama de sociedad, que se contenía en sus expresiones vocales, que le negaba el placer de su genuinidad. Pero no tenía tiempo ni ganas de protestar, porque sabía que muy en el fondo su verdadera Julia se hallaba intacta. De momento ella estaba ahí con él, sosteniendo su huesuda mano, acariciando con infinita paciencia y devoción sus amaratados nudillos, como quien alisa un papel con suma delicadeza varias veces antes de escribir en él; quitándole las costras de las orejas y la tierrita de los párpados. Él, en cambio, solo podía agradecerle tanta atención y cuidado con una suave y rítmica caricia en su rodilla, disculpándose por no permitirle más de su presencia, aunque ese asunto no dependiera meramente de él.

Se consolaron el uno al otro con calmas palabras que no tenían otro propósito más que prolongar el momento y aligerar la pena del próximo ajusticiamiento. No guardaban esperanza porque ya ni siquiera podían vaticinar un futuro prometedor; se recordarian como los póstumos, Julieta y Romeo, extasiados y erráticos amantes; Julia, hija de un terrateniente empoderado y abusivo; y él, un insurrecto mentecato dispuesto a abismarse en un destino incierto.

El barullo no cesó ni cuando un montón de gendarmes invadieron con una retahíla de órdenes la pomposa fiesta, al contrario, elevó las murmuraciones, convirtiendo en

obsceno el tierno momento de los jóvenes, quienes se mantenían incautos de la triste realidad y el público, arrinconándolos con la mirada furtiva, evidenciando que eran a los que buscaban con tanto furor.

El estrépito de una copa rompiéndose sobresaltó a Julia y atrajo consigo la atención del otro. Todo sucedió tan rápido: de un segundo a otro, Julia enmudeció de terror al saberlo perdido. Su primer instinto fue huir, ¿pero a dónde? Estaban rodeados. Lo único humanamente posible era apretarse las manos con una fuerza descomunal como muestra de fortaleza. Aun así, cuando los separaron fue todo un caos: un militar la sujetó por el pecho y Julia emitió un grito desahogado, una súplica enrabietada, la acompañaban sus ojos desorbitados y llorosos, sus brazos extendidos queriendo alcanzarlo y un salvaje pateo que se perdía entre las piernas del que la sujetaba. Pero ni con toda la pantomima pudo evitar que otro militar le asestara un golpe en la mandíbula, dejándolo a él totalmente inerte, a expensas de la fuerza bruta.

«De repente te pierdo, no sé dónde estás, te alejan de mí y eso me da miedo», piensa para sus adentros. Se lo están llevando, se estaba yendo, la iba a perder para siempre y solo le quedaría como un recuerdo ausente, su llanto desgarrador.

— ¡Julia, te quiero! — Alcanza a graznar y es el último resquicio que rompe con la cordura de Julia.

Y en su mente proseguía el intento de un vago discurso de despedida: «perdóname por no ser el hombre adecuado para ti, por el ser el infeliz que sin querer te va a romper el corazón y que dejará una mácula en tu juventud».

Fue arrastrado hasta un pastizal donde un aire sibilante le peinaba los cabellos y le ahuyentaba el alma. Le cubrieron los ojos — ¿para qué? — con una tira de trapo viejo y le amarraron las manos con una cuerda roída. Con las rodillas plantadas en el pasto tiritaba de frío, sus labios imploraban un último sorbo de agua fresca o un beso casto de los labios de Julia. Más lo segundo que lo primero.

«En mis últimos momentos pronuncio tu nombre con la misma ilusión que la primera vez, sus letras bogan en mi lengua y las saboreo casi con estentóreo silencio. Empiezo a delirar con tu perfume y el sonido de tu voz es en lo único que puedo pensar hasta que siento el cañonazo incrustarse en mi cráneo... La bala y la piel consagrándose en una misma»

